

El misterio de Corbata Blanca, recuerdos de un viejo cazador

Pasando la localidad de Melipilla, que se encuentra a 66 km de Santiago, cruzando el puente Chocalán, tomando el camino que lleva a Rapel, a unos 15 km aproximadamente llegando al Portezuelo, por una ruta que desvía hacia la izquierda se encuentra “El valle de Culiprán” lo que antiguamente era la “Hacienda Culiprán”, que fue parcelada y entregada a uno de mis abuelos paternos, campesino de la zona durante la reforma agraria. Cuna de gente generosa, honrada y esforzada, como mi padre, quien emigró hacia la capital en su juventud en busca de nuevos horizontes; trabajadores de las labores del campo, tierras muy fértiles que hasta el día de hoy entregan generosamente excelentes productos agrícolas como: papas, trigo y maíz de una calidad incomparable. En mi vida he visto choclos más grandes que los producidos en este lugar, aparte de la generosidad de sus tierras en buenas cosechas era inmensamente rica en flora y fauna nativa, sus grandes y frondosos cerros tapizados de: boldo, litres, quillayes, maitenes, espinos, trébol, y más. Sus potreros eran divididos casi como en forma natural por la zarzamora, especie de enredadera que se extendía por todas partes la que podada o recortada en forma muy rústica guiándola para que cumpliera la función de cerco.

Ya fueran destinados a talaje de animales los que en abundancia pastaban, vacunos y caballares los que eran destinados para sembrado de: papa, trigo y maizales su fama abundante en conejo y liebre como plaga y en sus cerros zorros chillas y

culpeos, gatos monteses, y güiña o colo-colo; aves de todo tipo: cientos de codornices, tórtolas, diucas, tencas, tordos, loicas, perdices, queltehues y casi todas las aves que habitan el país. Pues bien, en esta tierra huasa desde tiempos inmemoriales se practicaba generalmente el día domingo: el salir a “conejar”, algo que para quienes íbamos desde la ciudad era una especie de aventura y diversión para nuestros familiares y amigos lugareños; lejos del cemento, de ruidos molestos y del smog acompañante de las grandes ciudades, la casería era un mal necesario para el control de plagas a las que podían llegar el aumento desproporcionado de conejos, animales muy prolíficos con el consiguiente daño para los sembradíos, además de un muy apetecido plato en el hogar. Las piezas obtenidas en cada salida servían también como un relajo o celebración para olvidar las duras tareas que significaba vivir en el campo. En un lugar con muchas carencias donde no había luz eléctrica o agua potable, donde se respiraba paz, tranquilidad y libertad, donde se podía sentir el aroma de tantas hierbas, plantas aromáticas como la hierba buena y la hierba mota, el boldo y cientos de ricos aromas, incluso el de tierra mojada. Se podía escuchar el hermoso trino de las aves, el valar de algún ternero lejano separado de su madre o largos mugidos, el relinchar de caballos que retozaban alegres por los potreros, en fin se podía sentir y respirar puro campo, un paraíso, pero al final casi todos coincidíamos en que esto era un deporte del cual era mi lema “cazar no depredar”

Era todo un panorama salir a cazar conejos y liebres con los perros de la casa (cinco o seis perros) a los que se sumaban los de algún familiar o vecino, estos nobles animales muy útiles en el campo generalmente humildes quiltros de todas partes y mezclas de razas los que cumplían diferentes labores desde: guardianes de las mismas casas para rodear a los animales y para corretearlos o arriarlos. La jauría valoraba esta acción, era notorio cuando uno se preparaba para partir, como ellos se daban cuenta de lo que venía y saltaban y ladraban jubilosos. Eran muy preciados los galgos o mestizos de galgo por su capacidad para la casa de las liebres, las que corren largas distancias; no así el conejo, que corre tramos cortos y se mete en las matas o madrigueras, para esto eran especiales los perros pequeños.

Recién aclarando el día, desayunando junto al fogón se iniciaba la partida la cual siempre era dirigida por una persona que era conocedora del terreno, guiaba la partida basada en sus conocimientos, el más vaqueano de los lugares donde eran más abundantes las piezas a cazar y siguiendo un circuito para no volver a pasar por los mismos lugares donde ya habíamos estado, la importancia de esta acción radica en no a depredar, por lo que cuando se obtenía la cantidad suficiente se repartían entre los participantes; si los acompañaba la suerte y temprano se obtenía la cantidad se detenía la cacería y regresábamos a casa. Generalmente duraban desde las 7 de la mañana hasta las 2 de la tarde y luego de caminar algunos kilómetros por potreros mojados, pasando canales y acequias con las piernas y

brazos rasguñados por las zarzamoras, con los pies adoloridos por las largas caminatas, agotados pero felices regresábamos con nuestros trofeos los que al día siguiente serían manjar en nuestra mesa adobados con la salsa de ají preparada por nuestro abuelo.

El trabajo de los perros consistía para los más pequeños en ingresar a las inmensas matas de zarzamora, rastrearlos y hacerlo salir; mientras los perros más grandes esperaban expectantes repartidos afuera y rodeando las matas.

Un día en que no habíamos contado con mucha fortuna, ya bien avanzada la mañana en un potrero donde un canal se dividía en dos formando una especie de “V” nos salió un conejo “corbata blanca” especie muy rara y escasa de encontrar, saltó el canal de regadío y raudo se dirigió hacia un viejo sauce medio ladeado que se encontraba a unos 20 metros de la división de los canales, el árbol estaba rodeado en su base por una pequeña mata de zarzamora, todos los vimos ingresar ahí, incluyendo los perros, que a los pocos segundos tenían la pequeña mata rodeada totalmente. Luego de largos minutos que los perros más pequeños buscaran en todas direcciones no habían ni rastro del “corbata blanca”; nos dimos por vencidos, retiramos los perros y nos regresamos al hogar con las manos vacías, cosa que sucedía no muy a menudo a pesar de la que la mayoría de las veces regresábamos con unas cuantas piezas y felices. La historia del corbata blanca se nos repitió en tres o cuatro oportunidades, llegábamos al lugar donde el canal se dividía en dos y nos aparecía arrancando hacia el viejo sauce, llegábamos todos hombres y perros a rodear la mata y nada. Habíamos cazado conejos en densas

manchas de zarzamoras y este se nos perdía en un pequeño espacio, claro que, muchas veces los conejos se escapaban a sus cuevas que son verdaderos laberintos con larguísimos túneles. Cierta día llegamos al mismo punto y se empieza a repetir la historia el mismo canal dividido en dos y corbata blanca aparece y luego se esfuma, arranca hacia el viejo sauce, pero ahora con la diferencia que le salió muy cerca a los perros que casi le dan alcance al llegar a la pequeña mata que rodeada al viejo sauce. Logramos llegar, hombres y perros amontonados al pie del viejo sauce, los canes con fuertes ladridos demostraban que estaban viendo al conejo. Para sorpresa nuestra, miramos hacia arriba y a una altura de unos dos y medio metros más o menos desde donde salían las ramas más delgadas del viejo sauce y a través de un hoyo del mismo tronco como hecho por algún pájaro para anidar logramos ver al conejo, pero ya era demasiado tarde para él porque el más pequeño de nuestros perros, el que parecía mas débil pero finalmente el más astuto, casi del mismo tamaño del conejo, había descubierto “el misterio del corbata blanca”: En la base del viejo árbol y a ras del suelo tenía una abertura pequeña, dentro del tronco del árbol había un túnel que lo llevaba hasta la parte de arriba pero ahora no tenía escapatoria. El pequeño perro ya estaba encima de él, se abalanzó tan rápido como su instinto, y en un solo y preciso movimiento lo atrapó, cazándolo ante la incredulidad de todos nosotros, fueron segundos que parecían eternos, una película en cámara lenta que nos impactó al punto de dejarnos perplejos, el silencio era confuso, ni siquiera ladraban los perros, el aire se enrareció, todo parecía mas denso, nosotros casi sin respirar nos mirábamos unos a otros, nos resistíamos a

creer lo que estábamos viendo: había terminado el misterio del corbata blanca que nos había intrigado durante tan largo tiempo, habíamos cazado un conejo arriba de un árbol, allí donde encontraba refugio después de correr por su vida, allí donde el sol calentaba en las tardes y las ramas del viejo árbol le servían de sombra.

Esta vez el regreso no fue igual que otros cientos de veces, cuando volvíamos cansados agotados pero felices con nuestro botín, conversando alegremente, comentando la cacería; ahora el regreso fue en total silencio y con un dejo de tristeza, el camino se hizo más largo y agotador que nunca, los pies nos pesaban más que de costumbre, no percibíamos el olor del pasto mojado, de la hierba buena o de la hierba mota, los pájaros no cantaron, caminábamos silentes, había desazón, la jornada no había sido lo mismo, no nos sentíamos ganadores.